

Humanitas

Anuario del Centro de Estudios Humanísticos
de la Universidad Autónoma de Nuevo León

2006

No. 33



UANL

treinta obras, varias de ellas traducidas al inglés, francés, italiano, portugués y griego.

Sus obras principales son *Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset* (1950); *Ideario Filosófico* (1953 y 1961); *Filosofía del hombre* (1957 y 1963); *Existencialistas y existencialismo* (1958); *Filosofía del Quijote* (1959 y 1988); *Metafísica de la muerte* (1965 y 1983); *La Escuela Jusfilosófica Española de los Siglos de Oro* (1973); *Teoría de la Democracia* (1976); *La cosmovisión de Franz Kafka* (1977); *Tratado de metafísica. Teoría de la "Habencia"* (1982); *Filosofía del Derecho Internacional* (1985); *La sinrazón metafísica del ateísmo* (1986); *Vocación y estilo de México. Fundamentos de la Mexicanidad* (1989); *Teoría del Estado* (1995); *Tratado de Filosofía. Amor a la sabiduría como propedéutica de salvación* (1995); y *Filosofía del Derecho. Fundamentos y proyecciones de la filosofía jurídica* (2001).

Su fama internacional como representante de la filosofía cristiana actual rebasa desde hace varios años el continente americano¹. En esta corriente filosófica quedó situado como afín al agustianismo, aunque se movió con total libertad, intentando sobrepasar, no sustituyendo, sino hondeando, el pensamiento clásico. Todas sus obras, junto con los numerosísimos artículos, ponencias a congresos y conferencias, constituyen un nuevo sistema filosófico, fundado en su teoría de la habencia.

¹Entre la numerosa bibliografía sobre el Dr. Basave Fernández del Valle, se puede citar: Höllhuber, *Geschichte der Philosophie im spanischen Kulturbereich*, 1967. Munich, Reinhardt; H.E. DAVIS, *Latin American Thought*, Luisiana, University Press, 1972; S. SARTI, *Panorama della Filosofia Ispanoamericana Contemporanea*, 1976, Milán, Cisalpino-Goleardica; I. QUILES, "Prólogo", en *A Basave Fernández del Valle, Tratado de Metafísica. Teoría de la habencia*, 1982, México, Editorial Limusa, 13-23; VV.AA.: *Homenaje al Dr. Agustín Basave Fernández del Valle*, 1984, Monterrey, Universidad Regiomontana; J. SEIFERT, "Agustín Basave: un gran hombre y un importante filósofo de nuestros tiempos", en VV. AA., *Homenaje al Dr. Agustín Basave Fernández del Valle. En sus 35 años de investigación y docencia*, o.c., 605-616; E. FORMENT, "La metafísica de la 'habencia' y de la muerte de Basave Fernández del Valle" en VV.AA., *Filosofía de Hispanoamérica. Aproximaciones al panorama actual*, Barcelona, ICE Universitat de Barcelona, 1987; A. GUY, *Panorama de la Philosophie Ibéro-Américaine*, Ginebra, Patiño, 1989; J.R. SANABRIA-MAURICIO BEUCHOT, *Historia de la filosofía cristiana en México*, 1994, México, Universidad Iberoamericana, 327-328; E. FORMENT, *Historia de la filosofía cristiana en México*, en "Actualidad Bibliográfica" (1995), 32, 63, 146-147; E. FORMENT, "Filosofía y salvación. El *Tratado de Filosofía*, de Agustín Basave Fernández del Valle, en *Espíritu*, 45, 114 (1996), 183-199.

2. El descubrimiento de la "habencia"

El sistema basaviano se fundamenta en la "metafísica de la habencia", un intento de renovar la metafísica, tan cuestionada y cuestionable, y un esfuerzo sin precedentes por instaurar una nueva metafísica, superando la doctrina del ser, pero sin destruirla. Con el neologismo "habencia", creado por el mismo Basave, se indica el universal concreto o el conjunto indiscriminado de todos los entes y de todas las posibilidades².

La "habencia" no es el ente, ni uno de sus constitutivos, la esencia o el ser, sino el horizonte de lo que hay, donde se sitúa todo lo concreto y todo lo abstracto. La habencia es, pero trasciende al concepto del ser, porque también puede ser, incluye el deber ser y cabe hablar de la nada relativa. Es un concepto más amplio que el de ser, por albergar la totalidad de cuanto hay. La "habencia" representa un verdadero giro copernicano en metafísica, porque si el ser no explica la totalidad de cuanto hay, Basave propone que la totalidad de cuanto hay explique el ser.

El conocimiento de la habencia es pre-filosófico y atemático. La habencia se hace presente de un modo inmediato, porque estamos instalados en ella. Es una intuición cierta que acompañada de la percepción intelectual de cinco primeros principios. El principio de presencia: todo cuanto hay está de algún modo presente. El principio de participación, que afirma la inclusión de las partes en el todo por una vinculación espacio-temporal y la de entes, que son en la medida que se parecen parcialmente al Ser Absoluto. El principio de sentido: todo cuanto hay es pensable con disposición tendencial y conexa. Principio de contexto: todo cuanto hay se ofrece en marco lógico y en marco existencial. Principio de sintaxis: todo cuanto hay se presenta articulado en función de algo. Estos principios no niegan los primeros principios del ente, sino que, por suponerlos la habencia, son su posibilidad, como la habencia lo es de la entidad.

Desde este fundamento, Basave ha recorrido todos los grandes campos de la realidad, proporcionando una visión unitaria, que recuerda los grandes sistemas, que parecían ya imposibles en nuestro tiempo. Son muchas las posibilidades que ofrece su teoría de la "habencia" todavía algunas veces mal interpretada. No obstante, la filosofía basa-

²Agustín Basave Fernández Del Valle. *Tratado de metafísica. Teoría de la "Habencia"*, México, Limusa, 1982.

viana, por ser de la habencia, ofrece una perspectiva de gran profundidad, abarca la totalidad y sitúa todos sus elementos en su lugar, mostrando su orden y la necesidad que implican. Ello es posible por la unidad conseguida gracias al despliegue del fundamento de la habencia, que está así presente, en todas las cuestiones tratadas, como su trama³.

3. La irracionalidad del ateísmo

Pocos años después de la publicación de su obra fundamental, *Tratado de metafísica. Teoría de la "Habencia"*, apareció el libro *Sinrazón metafísica del ateísmo*⁴. Se evidencia en esta obra que las razones del ateísmo no son de orden metafísico ni siquiera estrictamente racionales. El juicio ateísta de que Dios no existe es una proposición teórica, que no posee la evidencia objetiva.

Además de analizarse el ateísmo contemporáneo de un modo exhaustivo, se presenta la doctrina de la existencia y de la naturaleza de Dios. Sin negar el valor de las otras pruebas de la existencia de Dios, se propone un nuevo argumento, que puede denominarse "Vía de la plenitud subsistencial". Su punto de partida es el afán de plenitud subsistencial del hombre, que se muestra coexistiendo con el desamparo ontológico, como si fuese un contrapunto musical. Su análisis lleva a la afirmación de la Plenitud Subsistente e Infinita, origen del afán de plenitud concreto y temporal.

La prueba se funda en el principio de finalidad. Si existe el afán de plenitud subsistencial humano, que es un hecho innegable, es que ha existido y existe una Plenitud subsistente. De lo contrario no existirían los afanes de vida y más vida. Sin Dios el afán de plenitud, e incluso la misma idea de plenitud, serían un efecto sin causa. Por otra parte, el efecto se asemeja a la causa. La causación eficiente y formal configuran

³Véase: I. QUILES, "Prólogo", en *A Basave Fernández del Valle, Tratado de Metafísica. Teoría de la habencia*, 1982, México, Editorial Limusa, 13-23; J. SEIFERT, "Agustín Basave: un gran hombre y un importante filósofo de nuestros tiempos", en VV. AA., *Homenaje al Dr. Agustín Basave Fernández del Valle. En sus 35 años de investigación y docencia*, 1984, Universidad Regiomontana, Monterrey, 605-616; A. LOBATO, "Agustín Basave y el retorno de la Metafísica", en VV. AA., *Homenaje al Dr. Agustín Basave Fernández del Valle. En sus 35 años de investigación y docencia*, o. c., 535-551; E. FORMENT, "La metafísica de la 'habencia' y de la muerte de Basave Fernández del Valle" en VV. AA., *Filosofía de Hispanoamérica. Aproximaciones al panorama actual*, Barcelona, ICE Universitat de Barcelona, 1987.

⁴Agustín Basave Fernández Del Valle, *La sinrazón metafísica del ateísmo*, Universidad Regiomontana y Publicaciones Paulinas, 1986.

al hombre como ente deiforme. La causación final, como ente teotrópico. El argumento es, por tanto, una explicitación de la dimensión teotrópica⁵.

4. Basave Fernández del Valle, filósofo de México

Después de estas dos obras centrales en el sistema basaviano, que quedan situadas en el ámbito de la más alta metafísica, el Dr. Basave se ocupó de una temática más concreta, pero sin abandonar la visión filosófica, con el rigor y la profundidad que le caracterizaban. Estudió el misterio de su patria, México. Su obra *Vocación y estilo de México*, es una visión filosófica, histórica, psicológica, política, artística, jurídica y cultural de México.

En más de mil páginas, se estudia la filosofía de la mexicanidad, la filosofía mexicana, los rasgos psicológicos primordiales del mexicano, el paisaje, sus ciudades y pueblos, los rasgos esenciales de las antiguas culturas, el sentido de la "conquista espiritual" española, el humanismo hispánico, la cultura mexicana, la lengua española hablada en México, la filosofía de la historia de México, la religiosidad, la filosofía de la política mexicana, el sentido de la revolución mexicana, el afrancesamiento y el ayanquizamiento, el arte, el México barroco, la literatura mexicana, la muerte en el mexicano y el destino de México. La más importante novedad de la obra es que se ofrece una perspectiva de la realidad mexicana desde la metafísica.

Sus tesis principales se pueden sintetizar en tres. Primera: la esencia de México se da en la existencia de los mexicanos, únicos seres subsistenciales. Es por los mexicanos, por lo que México existe. Segunda: no existe una filosofía mexicana, sino varios filósofos mexicanos. Tercera: México es un pueblo nuevo. Ni indio ni español, sino mestizo, mexicano. Debe evitar, por ello, la ambivalencia de un cierto desdén intelectualizado hacia los extranjeros, especialmente "gachupines", "franchutes" y "gringos", y de un "malinchismo" o "la beata adoración por lo extranjero".

⁵ Véase: E. Forment, "La concepción de la Filosofía de Basave Fernández del Valle", Córdoba, *Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía* (1987), 115-124 *Congreso Internacional*; E. Forment, "La metafísica de la 'habencia' y de la muerte de Basave Fernández del Valle" en VV. AA., *Filosofía de Hispanoamérica. Aproximaciones al panorama actual*, Barcelona, ICE Universitat de Barcelona, 1987; A. GUY, *Panorama de la Philosophie Ibéro-Americaine*, 1989, Ginebra, Patúño, 213-219.

Entre los caracteres de este nuevo pueblo, destaca las ocho siguientes:

1. *el estoicismo cristiano*, porque el mexicano no se encuentra nunca bien instalado en el ámbito de lo empírico;
2. en el mexicano, *vive a la vez un Quijote y un Sancho*, asunción de ideales generosos y realismo, agudo sentido de lo cotidiano y profundo arraigo en lo real.
3. *acepta su vocación*, llamada que viene de Dios, pero sabiendo que necesita la invocación. La invocación, para el mexicano, es un modo de vivir.
4. el mexicano *es archisusceptible*. No es extraño que tenga un gran sentido musical. México canta siempre. Posee además una gran tradición cultural. Cuando en lo que es hoy Nueva York, andaban todavía matando búfalos, en México existía ya una Universidad, que se había fundado en 1533. México es un pueblo que siente en indio y piensa en español.
5. *la espiritualidad mexicana tiene una proyección histórica*. "México es el nombre de una esperanza humana", por su arraigado "personalismo trascendente".
6. *mantiene el señorío de aztecas y españoles*, que se manifiesta en su arte barroco. En un mundo alienado por la técnica el mexicano mantiene su señorío.
7. *el mestizaje*. Ese mestizaje cultural es el carácter más básico. Es una nueva raza, que estrena una nueva alma, una alma mestiza, que modifica lo español y lo indígena. Puede ser la base de una nueva cultura sintética y ecuménica, cuya hora está por llegar.
8. todos los mexicanos, mestizos, criollos, indios, además del mestizaje cultural, *coinciden en el guadalupismo*. La devoción a la Virgen de Guadalupe, popular y sencilla, está unida a la conciencia nacional, porque se estima que María es Madre de México. Todos, incluso los extranjeros que viven México, son cien por cien guadalupanos.⁶

⁶Agustín Basave Fernández Del Valle, *Vocación y estilo de México*, Limusa, México, 1989. Véase: J.R. SANABRIA-MAURICIO BEUCHOT, *Historia de la filosofía cristiana en México*, 1994, México, Universidad Iberoamericana, 327-328; E. FORMENT, *Filosofía de la mexicanidad*, en "Actualidad Bibliográfica" (1990), 54, 161-166.

5. Filosofía y Salvación

Hace pocos años, el profesor Basave Fernández del Valle publicó *Tratado de Filosofía. Amor a la sabiduría como propedéutica de salvación*. La obra es como una "síntesis epilodal" de todo el pensamiento basaviano. A diferencia de las otras ciencias, la Filosofía implica un compromiso vital, lo objetivo exige lo subjetivo. El saber filosófico así entendido tiene una extraordinaria importancia para nuestra propia vida, y, en parte, la vida de los otros, porque el filósofo deja de ser espectador para convertirse en actor. La filosofía es "propedéutica de salvación" por ayudar al hombre a conseguir su perfección natural.

La filosofía muestra el "para qué" de nuestra vida pero no el "cómo". Hace entrever la plenitud, pero sin proporcionar los medios para alcanzarla. Nada filosófico, en cuanto tal, es salvador. Aunque la causa del actual olvido de la salvación se haya dado en el ámbito de las ideas, no se puede confiar en la filosofía, ni incluso en la filosofía cristiana, para conseguir la salvación humana. Únicamente nos puede hacer recuperar la memoria y abrirnos a la aceptación del don de la salvación divina.

La filosofía no tiene para el hombre poder salvador, pero puede ser instrumento de salvación, que viene siempre de Dios, el único que salva. La filosofía tiene este carácter propedéutico en un doble sentido, como contemplación de lo eterno, dimensión intelectual, y también dominio sobre lo temporal, disposición de las cosas materiales al servicio del hombre en su dimensión pragmática.

El problema del ser humano se aborda en su integridad, y, por tanto, con su apertura a la trascendencia. En su concepción del hombre, Basave no se limita a describir su esencia, sino también a desvelar el sentido de la misma vida humana y personal. En la antropología basaviana, o "integralismo antroposófico", se descubren dos vertientes de la interioridad: la angustia y la esperanza. Esta dualidad psicológica revela otra ontológica, que la origina: el desamparo metafísico y el afán de plenitud substancial, que se oponen y presuponen mutuamente. El afán de plenitud emerge de una dimensión más profunda: el teotropismo humano, que se explica porque el hombre es un ente deiforme⁷.

⁷Agustín Basave Fernández Del Valle, *Tratado de Filosofía. Amor a la sabiduría como propedéutica de salvación*, Limusa México, 1995. Véase: M. WEINSTEIN, "La polaridad del pensamiento filosófico mexicano de Agustín Basave", en VV. AA., *Homenaje al Dr. Agustín Basave Fernández del Valle. En sus 35 años de investigación y docencia*, 1984, Universidad Regiomontana, Monterrey, 151-160; V. CAPANAGA, "Un filósofo

6. Metafísica de la muerte

Con este título, el Dr. Basave publicó un libro sobre una temática que ha estado presente en toda su obra⁸. El estudio metafísico de la muerte del ser humano, que nuestro filósofo llama "óntica tanatológica" no es marginal. Es uno de los grandes temas de la filosofía. La esencia de la muerte se descubre solamente desde la consideración metafísica de la naturaleza humana, que se logra a partir del examen de la habencia. La muerte tiene un sentido análogo en el hombre, y, por ello, no es idéntica a la de los otros seres vivos. Por no tener un sentido unívoco, se plantea la muerte como problema. Para los animales la muerte es un puro acaecer natural, para los hombres es un problema. Aunque el hombre sabe que la muerte es algo propio y esencial de su naturaleza humana, la concibe como un daño o un peligro.

La muerte no supone una derrota definitiva. Los materialismos no han podido probar que la muerte sea el fin definitivo. La esperanza es expresión del afán de plenitud subsistencial. Frente al ser-para-la-muerte heideggeriano, sostiene Basave que el hombre es un ser para la salvación. La muerte se da con el concurso de la libertad. El hombre no escoge el tipo de muerte, pero sí decide su actitud en el morir: desesperación o esperanza. En el momento de morir se realiza un acto de libertad última y concluyente, en el que se decide morir con amor, en comunión con los otros y abiertos a Dios, o con odio excluyendo a los demás y replegándonos en nosotros mismos. En egoísmo o en amor⁹.

mexicano: Agustín Basave Fernández del Valle", en V. AA., *Homenaje al Dr. Agustín Basave Fernández del Valle. En sus 35 años de investigación y docencia*, o. c., 398-399; J. SEIFERT, "Agustín Basave: un gran hombre y un importante filósofo de nuestros tiempos", en VV. AA., *Homenaje al Dr. Agustín Basave Fernández del Valle. En sus 35 años de investigación y docencia*, o. c., 605-616; E. FORMENT, "Filosofía y salvación. El Tratado de Filosofía, de Agustín Basave Fernández del Valle, en *Espíritu*, 45, 114 (1996), 183-199.

⁸ Agustín Basave Fernández Del Valle, *Metafísica de la muerte*, Editorial Augustinus, Madrid, 1965; 2ª ed., Editorial Jus, México, 1973; 3ª ed., Limusa, México, 1983.

⁹ Véase: A. GUY, "Una visión filosófica de la muerte", en VV. AA., *Homenaje al Dr. Agustín Basave Fernández del Valle. En sus 35 años de investigación y docencia*, 1984, Universidad Regiomontana, Monterrey, 329; J.R. SANABRIA, "Un modo de filosofar", en *Homenaje al Dr. Agustín Basave Fernández del Valle. En sus 35 años de investigación y docencia*, o. c., 362-386; E. Forment, "La metafísica de la 'habencia' y de la muerte de Basave Fernández del Valle", en VV. AA., *Filosofía de Hispanoamérica. Aproximaciones al panorama actual*, 1987, Barcelona, Universitat de Barcelona, 151-203; E. Forment, "Filosofía y salvación. El Tratado de Filosofía, de Agustín Basave Fernández del Valle, en *Espíritu*, 45, 114 (1996), 183-199.

Estas serían, en síntesis, las ideas principales de la doctrina basaviana que, en nueve capítulos, se ofrecen en este original libro. Tiene gran importancia, porque, por una parte, el pensamiento moderno, en general, ha descuidado el tema de la muerte. En muchos sistemas filosóficos ni aparece. Únicamente el existencialismo asumió el problema de la muerte, intentando la comprensión del carácter mortal del ser humano. En el ámbito de la filosofía cristiana, el Dr., Basave es quien ha ofrecido una de las mejores reflexiones y puede también decirse la más completa.

7. La muerte y el hombre

El tema de la muerte ha estado presente a lo largo de toda la extensa obra basaviana. Aunque ésta debe ser denominada como "filosofía de la habencia", también, en segundo lugar, puede calificarse como sabiduría de la muerte. En una de sus primeras obras, muy conocida en España, que apareció en 1957, *Filosofía del hombre*¹⁰, en su capítulo XI, titulado "*Meditatio mortis*", cuenta que tuvo una experiencia personal de la muerte muy pronto:

Quando era niño me tocó presenciar cierta vez la muerte de una perra que tuvimos en casa. Fue una muerte catastrófica: un automóvil la atropelló. Con la mirada doliente, el animalito se arrastró hasta donde estaban sus amos y siguió luego hasta llegar al cuarto donde solía dormir. Ahí se acostó resignadamente a la espera de la muerte. El animal parecía tener un presentimiento de su inminente morir.

Todo hombre sabe que algún día, en algún momento, morirá, pero no sabe cuando ni el modo.

Mors certa, hora incerta, dice el adagio latino. Si se nos permite echar mano de la terminología jurídica, diremos que la muerte es un *término incierto, dies incertus* como solían decir los juristas romanos. Término, porque se trata de un acontecimiento futuro y de realización cierta. Incierto, por lo que atañe a la época de su realización. Y precisamente es esta incertidumbre del 'cuándo' y el 'cómo' de mi muerte, la que hace que la tenga siempre presente, espectralmente presente, como si la parca se hubiese empeñado en tener suspendida sobre mi cabeza la guadaña que ha de segar —sólo Dios sabe cuando— mi vida terrestre¹¹.

¹⁰ Agustín Basave Fernández del Valle, *Filosofía del hombre*. Fundamentos de Antropología Metafísica, Colección Austral, n° 1336, México, Espasa Calpe, 1963, 2ª ed.

¹¹ *Ibid.* p. 241.

Sin embargo, es conveniente reproducir figuradamente la propia muerte.

Unamuno invita al lector para llegar a encontrarse cara a cara ante la terrible esfinge de los misterios de la muerte, a recogerse en sí mismo, a figurarse un lento deshacerse del cuerpo. Aceptemos su invitación por un momento. Imaginemos cada uno el cuadro: la luz se me apaga, las cosas enmudecen y no me dan sonido, envolviéndome en silencio; los objetos asideros se me derriten entre las manos, el piso se me escurre debajo de los pies, los recuerdos se me desvanecen como un desmayo, todo se me va disipando en la nada y yo mismo me voy disipando en ella; y ni aún la conciencia de la nada me queda siquiera como fantástico agarradero de una sombra... Estoy seguro de que si nos impusiéramos con frecuencia la representación de esta escena, nuestra vida variaría radicalmente. Las cosas, las personas, los problemas que a diario nos absorben y nos conmueven quedarían muy disminuidos de importancia. Como esas cosas, esas personas y esos problemas eran ocasionales, fugaces e intrascendentes, mi atención no tenía por qué concederle mayor interés que el necesario para ir ordenando mi vida a su fin¹².

Se impone esta conclusión: hay que estar alerta y preparados.

La vida entera —recta y sensatamente entendida— es una preparación de la muerte, de mi propia muerte, segura e incierta a la vez, que está ahí rondándome, acechando un momento de descuido para asaltarme en emboscada. Ante ese peligro hay que estar prestos. Es preciso que el falso néctar de la vida no logre embriagarnos, porque ebrios no podremos ni prever ni evitar la agresión. Lo mejor es que al fin de la jornada nos encuentre sobrios, con la mirada limpia y los ojos bien abiertos...

La muerte, exige esta previsión, porque es el final concluyente.

Lo más grave de la muerte es que es única, definitiva. Sólo morimos una vez y para siempre. Nuestro devenir vital, nuestro yo—programa habrá concluido, encuéntrese en el estado que se encuentre. Ya no caben adiciones ni reformas. Los contornos del pasado adoptaran una fiereza desesperante.

Lo que ha ocurrido en el pasado se ha convertido en una verdad inamovible. Ya no podrá cambiar, aunque no existan los sujetos que la realizaban. Si en una fecha del pasado llovió, aunque ahora ya no ocurre, continua siendo verdad que llovió. No sólo fue verdad aquel día,

¹² *Ibid.*, p. 243.

sino que siempre será verdad. Es lo que San Agustín llamaba verdad eterna

En la muerte se experimenta la soledad absoluta.

¡Curioso destino el del hombre!: nace para vivir entre el prójimo y muere radicalmente solo. Por esa soledad pavorosa, no hay agonía que esté exenta de grandeza. Y no sólo se trata de que moriré terriblemente solo, sino que mi agonía y mi muerte van a ser exclusivamente mías, con carácter singular, intransferible, único. Toda muerte es auténtica porque en el morir no existe ningún uso o convencionalismo social que nos dispense de encararnos en carne viva con el problema. Si en la vida me pude acoger a lo que hacía «la gente», en la muerte no me podré acoger a la efigie del honorable Don Cualquiera, porque da la casualidad de que yo y sólo yo soy el que se está muriendo; y a la muerte no se le puede engañar con disfraces; esto lo sabe mejor que nadie el moribundo¹³.

El acto de morir debe estar acompañado de la esperanza cristiana,

Y ya que como meros filósofos nos está vedado, por la pureza del método, introducirnos en las más altas regiones de lo sobrenatural, digamos al menos, como cristianos, que la muerte es la llegada a la plena madurez de la nueva criatura; que en este sentido la muerte no es propiamente muerte, o si se prefiere, que es sólo cambio de estado; que la nueva vida será, por su sobreabundante y sobrenatural riqueza, esencialmente inasequible a la precaria inteligencia y menguada imaginación del hombre de la tierra; que nuestra separación de alma y cuerpo será tan sólo temporal porque llegará el día en que resucite la carne en cuerpos gloriosos¹⁴.

En la muerte se ve cumplido el afán de plenitud subsistencial del hombre.

Mi persona —actualización de un ser-devenir que da sentido y unidad al todo de la existencia individual— no está, en su propia esencia, abocada a la muerte. Su teleología consustancial estriba en su propia perfección y en la eternidad. En consecuencia, el trance supremo de la muerte no le podrá alterar —en lo más mínimo— su causalidad final.

En la muerte, se pasa por el grado máximo de desamparo ontológico absoluto. Se vive una pérdida total, excepto de mi mismo, de mi fin último, Dios, con el que estoy relacionado:

¹³ *Ibid.*, p. 244.

¹⁴ *Ibid.*, p. 245.

La muerte no es una posibilidad remota, sino una posibilidad actualizada en tanto que posibilidad, una amenaza cierta y delimitante que nos está siempre presente (...) La muerte, como riesgo fundamental de la existencia, es la condición de cualquier posibilidad determinada. Reconocer la muerte es reconocer la posibilidad de serle arrebatado a la familia, a los amigos y a mí mismo en mi actual situación de espíritu encarnado. Pero la muerte no me puede hacer perder mi religación con el Ser fundamental y fundamentante. La muerte no me puede arrebatarse a Dios. Como riesgo ineliminable, me incita a la fidelidad conmigo mismo y a la fidelidad con Dios. Y no puedo serle fiel a Dios si no me soy fiel a mí mismo¹⁵.

8. La muerte y el español

Agustín Basave Fernández del Valle en un libro, que posee una gran belleza literaria, *Visión de Andalucía*¹⁶ y que ofrece su experiencia de España, o mejor como siente lo que siempre consideró su segunda patria, vuelve a reflexionar sobre la muerte y el modo como se la concibe y el papel que tiene en la cultura. Comprendió muy bien la rica realidad española, que permite realizarse en distintos modos. Uno de ellos, una de las maneras de ser español es la de Andalucía, que nuestro autor, quizás por las profundas semejanzas con México, comprendió a la perfección con una especial connaturalidad.

Cuenta en la obra:

Recuerdo una noche en Sevilla. En una esquina cualquiera me paré a preguntar por el barrio de Triana. Al notar, por mi acento, que era mexicano, tres andaluces —que eran tres grandes estetas de la vida— me invitaron a tomar un «chatillo» de manzanilla. Empezamos a beber y a charlar. Nos fuimos a oír cantar y a ver bailar. Me olvidé del tiempo. Me olvidé de todas las pesadumbres cotidianas. Y mi espíritu se preparó para la fiesta. La noche parecía eterna. Escuchaba, embelesado, las improvisadas explicaciones que mis acompañantes hacían del baile por «sevillanas». Mezclaban el baile con el Quijote y con la vida andaluza. No osaba contradecirles en nada. Me invadía una felicidad secreta. Me sentía ligado a toda esa circunstancia. «El baile refleja nuestra vida sevillana —nos decía un castizo amigo nuestro que estaba al lado—, cada uno vive la vida como la siente y al final nos retiramos de ella sonriendo y dejamos el paso a los que nos siguen». Una morena clara, dorada a fuego por el sol del cielo andaluz, de ojazos negros profundos y dulces, de pelo azabache, sostenido por dos nardos de perfume exquisito, bailaba y reía conmigo. Con donaire y femineidad, después de haberme

¹⁵ *Ibid.*, p. 246

¹⁶ Agustín Basave Fernández Del Valle, Colección Austral, n° 1391, México, Espasa Calpe Mexicana, 1966.

dicho que le hacía gracia mi hablar y mi ser de mexicano, exclamó en un hablar agitanado: —¡Sí! ¡Qué lástima que no seas torero! Y sonriendo le contesté, quizás hasta acorde con un vago subconsciente: —¡Sí! ¡Qué lástima! Eran las cuatro de la mañana. Se me vino a la mente, no sé por qué, aquel poema de Nervo —hoy son otras mis preferencias poéticas— que aprendí en mi adolescencia: «Si tú me dices: 'Ven' lo dejo todo». Y me desprendí de golpe. Al otro día, camino a Huelva, evocaba vívidamente aquella fiesta. Y ahora, a varios años de distancia, aún sigo pensando que la fiesta es el elemento esencial del ocio. Y que el ocio tiene primacía sobre el negocio. Y que el ocio y la fiesta tienen su legitimación y su fuente en el culto. Esto lo sabían los griegos y esto lo sabemos los cristianos¹⁷.

El andaluz tiene igualmente un especial sentido de la muerte.

En la capilla del Hospital de la Caridad, en Sevilla, hay unos cuadros de Valdés-Leal que no se pueden contemplar sin un hondo estremecimiento. Todos los símbolos de nuestras grandezas humanas — coronas, libros, espadas, mitras, cascos— son pisoteados por un esqueleto de huesos verdosos y de sonrisa punzante. Camina con un ataúd debajo del brazo y una guadaña en una de sus huesudas garras. Es el «Triunfo de la muerte». Con su pie izquierdo, el esqueleto aplasta un mapamundi. ¿Frívola Sevilla? A unos cuantos metros de distancia está el otro cuadro de este genio sombrío, amante de las orgías pirotécnicas, universal en su sabor pictórico, audaz en su paleta, implacable en su temática escatológica. Dos ataúdes abiertos muestran los cadáveres, en plena putrefacción, de un obispo y de un noble. La balanza de Dios está sostenida, en el centro del cuadro, por una mano celestial. «Ni más», dice la inscripción de uno de los platillos cargado de inmundicias y desperdicios; «ni menos», son las palabras grabadas en el otro platillo rebosante de joyas, cetros y coronas. Ambos pesan igual ante los ojos del Infalible y Supremo Juez. Orbitas vacías, narices roídas, mandíbulas sin labios. Y emergiendo de esos cadáveres en putrefacción, una gusanería viscosa y reptante. *Sic transit gloriae mundi*¹⁸.

Estas y otras agudas observaciones le permiten concluir a Basave:

España, y particularmente Andalucía, es 'un país abierto a la muerte'. Se recuerda, se admite, se corteja, se teme, se espera la muerte. En otras naciones se oculta, o se disimula, o se adorna a la muerte. La mala fe organizada trabaja para desterrar de la vida un hecho indeterrable¹⁹.

¹⁷ *Ibid.* pp. 119-120.

¹⁸ *Ibid.*, p. 121

¹⁹ *Ibid.*, pp. 127-128.

Con su espíritu atento y penetrante, Basave Fernández del Valle supo ver en el espectáculo de la lidia de los toros una metafísica española de la muerte. Sus principios generales serían los siguientes:

Vivimos —cuando vivimos auténticamente— en presencia de la muerte. Contemplamos *simpáticamente* la muerte del prójimo y anticipamos imaginativamente la propia muerte. Mientras el nacimiento no depende de nosotros, la actitud que asumiremos en el acto de morir está en el ámbito de nuestra libertad. Cada uno se escoge a sí mismo en el momento de la muerte de un modo singular, inimitable, inopinado... Y no hay ulteriores opciones. Seremos lo que queremos ser. Moriremos con amor, en comunión con los otros y abiertos a Dios, o con odio, excluyendo a los demás y replegándonos sobre nosotros mismos. Nuestro ser adoptará su medida.²⁰

El torero es el símbolo del español ante la muerte.

El torero actualiza de manera espeluznante y elegante, a la vez, la presencia del hombre ante la muerte. Con una capa o con una muleta en la mano se sitúa —sólo, inerme, acongojado— frente al toro. ¿Cuál será su destino en esa tarde de toros? No lo sabe. Él sólo advierte que está comprometido a estar ahí, fijados los pies en la arena, en trance de incertidumbre y riesgo, cara a la muerte. ¿Miedo? ¡Quién sabe! Preocupación —sería preocupación—, por lo menos. Alguno de los toros puede ser un toro asesino. Hay que cumplir con el deber. Hay que tener vergüenza torera. El toro es el adversario y es el colaborador del torero. De esa lucha y de esa colaboración tiene que surgir la belleza. Una belleza amenazada por la muerte real. En medio del terror de la cornada y de la muerte nace la tauromaquia. El arte puede resultar trágico. Pero ese terror y esa posible tragedia son transmutados en categorías estéticas. Y cuando triunfa el espíritu sobre la impetuosa bravura del animal, sobreviene la «catarsis». El público observa al torero y se estremece. Ahí está una criatura frágil, desamparada y expuesta a la muerte, que se yergue en valiente y elegante postura. Si siente miedo, lo domina. Yo diría que aquellas palabras atribuidas por Ángel Ganivet a Séneca se aplican, como anillo al dedo, en el caso del torero: 'No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de ti una fuerza, madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre ti caigan, sean de los que llamamos prósperos, o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de ti que eres un hombre'. El torero no quiere descomponer su figura a ningún precio. Es un hombre. Un hombre que tiene que mantener un estilo auténtico. Y este mismo imperio de la

²⁰ *Ibid.*, pp. 131-132.

dignidad humana, frente a las contingencias de la tauromaquia, reviste un nervio ético. Hay valores que están por encima de la muerte.²¹

9. La muerte y el quijotismo

Otro de los libros, que ha tenido gran éxito en España, especialmente en 2005, con motivo del cuarto centenario de la publicación de primera parte de *El Quijote*, es la *Filosofía del Quijote*.²² Para Basave, la gran obra de Cervantes es una expresión del espíritu de los pueblos hispánicos.

En la historia y en la conciencia hispánica vivieron siempre los valores espirituales que encarnan Don Quijote y Sancho. Estaba reservado al genio de Cervantes captar estas partículas de la naturaleza humana que flotaban en el cielo de España, para ennoblecer y embellecer la vida. Pensamiento, sentimiento y acción se fundieron, con verdadero amor y buen gusto, en esa amplia visión de la naturaleza humana que nos ofrece el Quijote.²³

Destaca también el pensador mexicano la profunda humanidad de Cervantes al describir el pueblo de entonces.

Es el cortejo entero de los tipos humanos, pero visto con voluntad bondadosa e inteligente. Quien ama la verdad, la justicia y el orden no puede darnos una novela existencialista de lo absurdo.

El Quijote puede considerarse como una obra de antropología metafísica, porque los grandes valores o ideales nobles y generosos quedan simbolizados en sus protagonistas.

El valor intrínseco de los altos ideales nada sufre cuando una realidad adversa se resista a recibirlos en su seno. Cervantes, firme creyente en la trascendencia de Dios, salva los valores enraizándolos en la Deidad.²⁴

El fin de Don Quijote no podría ser otro que la de su desaparición:

Don Quijote piensa, es un loco cuando obra. ¿Por qué discurriendo magníficamente, las más de las veces, no puede actuar sensatamente

²¹ *Ibid.*, p. 132.

²² Agustín Basave Fernández Del Valle, *Filosofía del Quijote*, n° 1289, México, D.F., Espasa-Calpe, 1959, 1ª ed.

²³ *Ibid.*, pp. 50-51.

²⁴ *Ibid.*, p. 51.

te? Se lo impide su concepción metafísica de una realidad aparente y tornadiza, producida por los encantadores, y una subrealidad que sólo él advierte. Don Quijote no muere; se evapora, por así decirlo. Alonso Quijano ya no quiere ser Don Quijote.²⁵

Con notable y gran acierto, muy propio de su aguda inteligencia y comprensión humana, Basave Fernández del Valle, apunta:

El poeta no hizo que amásemos la sinrazón de Don Quijote, sino sus ideales; y estos no murieron. Tampoco podemos aceptar que toda su fe y sus hechos fueron locura. Alonso Quijano, buen cristiano al fin y al cabo, abominó los disparates y emblecos de los libros de caballería, no los valores eternos del ideal caballeresco. La adversidad fue recibida por él, como un rayo de verdad enviado por Dios misericordioso. «Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda prisa: déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese... que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma». (II, 74.) Sabía, por el barro de que fue hecho, que morir era forzoso. ¿Por qué no hacer la paz definitiva con Dios?²⁶

Para determinar el sentido de la muerte de Alonso Quijano, nuestro autor indica también que:

La experiencia histórica enseña que la cercanía de la muerte acaba, súbitamente, con la indiferencia en materia de religión". Añade, por ello, que: "A punto de muerte, Don Quijote —que no era precisamente un indiferente en materia religiosa— quiere pasar el trance «de tal modo que diese a entender que no había sido mi vida tan mala que dejase renombre de loco: que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte». Contempla la vida a la luz de la muerte. Quisiera, con una buena muerte, abonar y glorificar su vida toda, aunque hubiese sido, en no escasa parte, la de un loco. Alaba el poder de Dios, y su misericordia, por haberle devuelto el juicio ya libre y claro. Ahora reconoce que ya no es Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien sus costumbres le dieron renombre de bueno.

Según Basave en la muerte de Don Quijote hay un sentido de renuncia. Escribe:

Me importa hacer notar que esta renuncia tiene un sentido de donación, de entrega. Se renuncia al egocentrismo para entregarse al teocentrismo. Y para quitar cualquier sabor de conceptualismo abstracto, digámoslo en términos más precisos: se renuncia al narcisismo del yo para darse, generosamente, a Dios.

²⁵ *Ibid.*, p. 52

²⁶ *Ibid.* p. 53.

Explica seguidamente que:

En trance de muerte se opera una definitiva conversión, tras de una auténtica autovaloración. Las obras puramente egocéntricas ya no cuentan nada. Es la hora suprema de la verdad, de la sinceridad. Don Quijote no había sido malo. Días antes de caer enfermo le había dicho a Don Álvaro de Tarfe: 'Yo no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy malo'. Siempre se pudo distinguir a Alonso Quijano 'el bueno' a través de Don Quijote.²⁷

La descripción de Cervantes de la muerte del protagonista tiene un valor universal.

En presencia de la muerte, Alonso Quijano sabe que su programa, que su devenir vital va a concluir, encuéntrese en el estado que se encuentre. Ya no caben adiciones ni reformas. Los contornos del pasado han adoptado una fijeza desesperante. Le queda, sin embargo, un medio para abonar su vida: el arrepentimiento. Todos los hombres —hasta los santos— tienen por qué arrepentirse

Se advierte, en el último capítulo, el setenta y cuatro, de la segunda parte de *El Quijote* el carácter personal o propio de la muerte, que implica, por ello, la soledad.

Rodean a Alonso Quijano, en su lecho, sus familiares y amigos. Con él está su buen amigo Sancho. Pero él siente que va a morir radicalmente solo. Por esa soledad pavorosa, no hay agonía que esté exenta de grandeza. Sabe de sobra, el caballero, que en el morir no existe ningún uso o convencionalismo social que le dispense de encararse en carne viva con el trance. Si en la vida se pudo acoger a las reglas de la caballería andante, en la muerte tendrá que pasar por instantes privativamente suyos, con un carácter singular, intransferible, único.²⁸

Se cuenta en este capítulo que Don Quijote se confesó. "Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno", dijo el cura. Muere, como la semilla, para vivir mejor. Ahora sí despierta de su sueño. ¡No más locuras de esta vida mundanal! 'Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño'. Ante la inminencia de la muerte han huido todos los pájaros. Ya no es tiempo de ilusiones vitales.

En definitiva, la terrible tragicomedia de la obra, y de toda vida humana, que, como la de Don Quijote y Alonso Quijano, tenga como

²⁷ *Ibid.* p. 59.

²⁸ *Ibid.*, p. 60.

resorte la bondad, queda expresada en esta sentencia de Séneca, citada por Basave: "La muerte es una necesidad igual e invencible: ¿quién puede quejarse de estar incluido en una condición que alcanza a todos?".²⁹

10. La muerte y Agustín Basave Fernández del Valle

El alma de Don Quijote se descubre en los mexicanos, como se revelaba claramente en Don Agustín Basave y de manera parecida su valentía y altivez ante la muerte. Dijo ya hace cincuenta años:

Nunca he podido digerir esas zarandajas inventadas por algún poeta que de improviso se ha sentido filósofo, afirmando que para el mexicano moderno la muerte carece de significación, porque ha dejado de ser tránsito, acceso a otra vida más vida que la nuestra. Según esto, nuestra indiferencia ante la muerte sería la otra cara de nuestra indiferencia ante la vida. Por fortuna, la verdad presenta otra cara muy distinta. El desprecio generoso y magnífico que el mexicano genuino hace de la vida *natural* proviene en su más honda raíz del convencimiento de que la vida *natural* es algo a *transubstanciar* a *sobrenaturalizar* (...) no algo definitivo y última manera de ser.³⁰

Si hubiera que definir a Don Agustín Fernández del Valle, en pocas palabras, podría decirse que fue un mexicano de corazón, de voluntad y de pensamiento. Conocedor y enamorado de México, del que decía "cuya sola palabra me llena de amor"³¹, mexicanista auténtico, que contagiaba su amor a los que no hemos nacido en su tierra— pero que hemos terminado amando a su suelo, a su cielo y a su pueblo—, fue un gran hijo de México. Escribió:

México, país de la luz, tierra que rinde culto a la muerte y a la flor. Pero la flor vence a la muerte con su polen enamorado. Y aquí estamos nosotros, enamorados de esta tierra herida y desgarrada, sumados a sus penas, a sus ansias, a sus luchas y a sus heridas...³²

Para terminar, he de confesar que conocí al Dr. Basave Fernández del Valle hace ya casi veinte años, en un congreso sobre San Agustín en Madrid. Su ponencia titulada "La antropología filosófica de San Agus-

²⁹ *Ibid.*, p. 61.

³⁰ *Ídem*, *Filosofía del hombre*, op. cit., p. 263.

³¹ *Ídem*, *Vocación y estilo de México*, op. cit., p. 1042.

³² *Ibid.*, p. 1043.

tín", me causó una honda impresión. De hecho me impulsó no sólo ha mantener una gran amistad con su autor, siempre correspondida y superada, sino también a estudiar toda su obra. Las muchas conversaciones que mantuvimos personalmente y también por teléfono, carta y últimamente por correo electrónico, me ayudaron a comprenderla, a valorarla y a estimarla.

También he de manifestar que me quedaron muy grabadas sus últimas palabras de aquella ponencia, que transcribo como si fueran su despedida:

Somos un prisionero cuya vida es una noche o un torrente entre dos abismos. Pero los suspiros del hombre que cayó en un pozo encuentran eco en el Dios-verdad a quien invoca. El misterio del hombre, en san Agustín, termina en el misterio de Dios. Ama para ver las postreras lontananzas, se siente cercado siempre por la Providencia. Advierte la gracia del hombre-Dios y concluye por exclamar: 'He aquí que tu estás lejos de Dios, ¡oh hombre!, y Dios muy arriba, lejos del hombre; pero en medio se puso el Dios-hombre: reconoce a Cristo, y, por el hombre, sube a Dios' (Serm., 82,6). Itinerario arquetípico y luminosos de un hombre en Cristo que salta, apoyado en su fundamento, a la lisis en donde todo estará a la vista en su más prístina patencia (...) Somos amor —imperfecto, participado, enturbiado a menudo— porque nuestra vida es dádiva de amor, llamada por el amor y comprometida a vivir amorosamente".³³

Amigo Don Agustín, buen amigo mexicano: ¡Descanse en el Amor en paz!

³³ Agustín Basave Fernández Del Valle, "La antropología filosófica de San Agustín", en *Jornadas agustinianas. Con motivo del XVI Centenario de la conversión de san Agustín*, 22-24 de abril de 1987, Madrid, Federación Agustiniana Española, Estudio Agustiniano, 1988, pp. 167-186.